

Mitos contemporáneos y filosofía.

Julián Arroyo Pomeda

"¿Hacia dónde apunta la enorme necesidad histórica de la insatisfecha cultura moderna... sino a la pérdida del mito?" (Nietzsche, *Intempestiva segunda*).

1. La filosofía entre la cultura y los mitos.

Hay dos afirmaciones comunes entre los antropólogos: que el hombre es un ser cultural y que no existe cultura sin mitos. La filosofía se ha ocupado siempre de hacer una reflexión crítica de la cultura, tanto en la época de los griegos como en la etapa posmoderna. La función de la crítica es una, pero sus enfoques se van modificando en la medida en que las realidades culturales son distintas.

Las expresiones o manifestaciones humanas se hacen posibles a través de la instancia mediadora que es la *cultura*. De donde resulta que sólo hay cultura humana y que la vida de un pueblo está relacionada con su nivel cultural. A lo largo de la existencia se ha ido dando sentido a lo que no lo tenía, haciendo que los acontecimientos de la naturaleza expresen igualmente algún significado que el mito se encarga de clarificar, mediante las imágenes ofrecidas en la narración. De este modo, cultura, vida, mito y filosofía se encuentran profundamente relacionados, tanto que la filosofía misma no puede entenderse sino como una producción de la cultura. El ejemplo paradigmático de esto es la *cultura griega*.

Así, la expresión, dudosamente afortunada, del "milagro griego" simplifica y oculta lo que sucedió allí realmente. No es que en el ambiente brotara un panorama de temas y problemas que la filosofía acogió propicia e interesadamente, elaborando un conjunto de propuestas para su resolución. Esta es una imagen puramente "idealista". Aquellos seres humanos vivían en una sociedad en la que se les plantearon necesidades de tipo práctico, como navegar para transportar mercancías a otros pueblos, organizar la sociedad (*polis*) o fabricar instrumentos, entre otras. Y pidieron a sus "sabios" ideas

para solucionarlas. Es decir, su modo de vida (material) constituyó la base para construir las teorías, que son expresión de su cultura, entendida como modo de vida.

En la sociedad griega, las esferas no estaban delimitadas; tenían una cultura unitaria, siendo la separación muy posterior. Había una exigencia sentida por los griegos de hacer justa la *polis*, que mediante la industria artesanal y el comercio con otros pueblos fue desarrollando un considerable nivel económico y una situación de bienestar para los ciudadanos. Según la tragedia de Esquilo, la cultura fue creada por el titán Prometeo, que se ofrece como mediador de los hombres ante los dioses y acaba robándoles el fuego, que representa la luz de la cultura. De este modo el mito ha convertido a Prometeo en el signo y representación del género humano.

Jaeger ha señalado el contraste entre dos interpretaciones de la figura de Prometeo: un ladrón, que merece ser castigado por su mala acción (Hesíodo), y un héroe, que debe ser siempre glorificado por liberar a los hombres de la oscuridad y la ignorancia, estimulando su emancipación intelectual para regir su destino en lugar de guiarse por la actuación de los dioses.

La filosofía fue una planta nacida en esa situación cultural, en la medida en que necesitó otro tipo de explicaciones más universales, cuando se dieron las condiciones para ello. De modo que estuvo vinculada a la tradición, al mismo tiempo que intentaba superarla, formando una experiencia universal. Mientras que las tradiciones pertenecen a pueblos determinados, la filosofía se despega de las particularidades para extender por todas ellas el vuelo de su reflexión, lanzando claros sobre sombras en diálogo crítico y con el deseo de equilibrar las distintas experiencias.

2. Doble cara de los mitos.

Las narraciones mitológicas han sido siempre atractivas y sugerentes, tanto por la forma como por los contenidos. Si el contenido es en sí mismo interesante, las formas de presentación aumentan todavía más el interés. De este modo se han convertido en verdaderas piezas literarias. Eran irreales en su contenido, mezclaban lo natural con dioses, seres humanos y otros acontecimientos. Por eso a la filosofía se le ocurrió la

necesidad de ordenarlos y descubrir razones que evitaran las posibles confusiones. No sólo son objeto de lecturas diversas, sino que su amplitud, variedad y complejidad hace difícil su interpretación. Además, los *mitos* del pasado eran la única explicación de los acontecimientos, mientras que los de la actualidad se convierten fácilmente en *mitificaciones* de la realidad¹. Por eso su carácter de racionalidad es discutible y sus aspectos esenciales de irracionalidad más evidentes.

Si la filosofía nació a partir del mito y como forma de explicación cualitativamente diferente y hasta enfrentada muchas veces a este tipo de narraciones, entonces no es extraño que deba intervenir en la interpretación de los mitos o mitificaciones de la actualidad. Mas no se trata de colaborar a su historiografía -esto pertenece a otros saberes-, sino de buscar sus trasfondos y clarificar mejor su sentido. Por tanto, la filosofía tiene una función legítima ante los mitos en una línea crítica, que establecieron más expresamente los pensadores de la Ilustración.

La cultura científica actual, como la renacentista y la moderna, se identifican por su enfoque desmitificador de tantos aspectos y matices que quedaron pendientes en la historia, contribuyendo así al desarrollo del pensamiento humano, mediante la ordenación racional de las cosas. Esta labor es muy necesaria, y en la actualidad contribuye a esto también la ciencia, sin la que nada es posible hacer. Se pueden construir bombas e industrias, y producir energía nuclear, pero también se pueden alcanzar conocimientos que realicen nuestra felicidad y bienestar. La ciencia nació de la herencia griega, al lado de las artes, la filosofía y el mito, y en una vida intelectual unitaria. Los científicos son también el resultado de preguntas que surgen de la sorpresa ante sus miradas al mundo, en el que se encuentran con la luz, las especies o los electrones. No es otra cosa lo que hicieron los filósofos: miraron y se admiraron de lo que veían, naciendo en ellos el deseo de saber para salir de la ignorancia porque "la superioridad del hombre reside en el saber"².

No obstante al serio intento de la Ilustración, lo de menos es que permanezcan los mitos antiguos; lo significativo es que surgen mitos nuevos como un importante

¹ Vernant, J-P., *Mito y realidad en la Grecia Antigua*. Ariel, Barcelona 1991.

² Horkheimer, M. y Adorno, Th. W., *Dialéctica de la Ilustración*. Trota, Madrid 1994, pág. 60

contra argumento a la labor desmitificadora de la razón. Tanto que los más ilustres representantes de en la Escuela de Frankfurt han podido titular el *excursus* dedicado a Odiseo como "mito e Ilustración", exponiendo la tesis de que la pretensión de "disolver los mitos y derrocar la imaginación mediante la ciencia"³ se ha vuelto contra la Ilustración misma, que ha quedado inmersa en la mitología. Independientemente del tono negativo y crítico de los frankfurtianos, indicando la perversión racionalista de los ilustrados, hay que preguntarse por las *razones* de la permanencia de los mitos, de una parte, y por las *diferencias* entre los propuestos por las tradiciones de la antigüedad y los dibujados por la situación contemporánea, por otra.

La visión del mito, como simple ficción, engaño o ilusión fabulosa, ha sido superada en la actualidad, sin aceptar ya el estilo de la crítica racionalista. El mito no puede verse como la fábula ingenua y primitiva que cree en los espíritus del universo; supone el gran esfuerzo de la cultura de la antigüedad para decir bajo esa forma lo que no era posible comunicar de otra manera. Esta estructura simbólica constituye el único cauce del que disponía para expresar sus experiencias vitales. Por eso no se trata de un déficit de ciencia o de discurso racional, sino del intento de explicar y articular lo que acontecía, haciéndose cargo de ello. Desde este enfoque, los mitos presentan las experiencias de la vida y la cultura de los seres humanos de una época⁴, con sus sentimientos más profundos y directos. Esto es lo que la hermenéutica se propone rescatar para llegar al verdadero fondo del mito, que no expresa una organización racional de la realidad, sino el *sentido* de la existencia, una dimensión no reducible a la simple lógica, objetiva y absoluta.

Así cabe reducirlo todo a cierto contenido que escribimos incluso con mayúsculas, como "Progreso", "Estado", "Historia", "Mercado", "Globalización", "Ciencia", etc. De ello hay ejemplos históricos. Para los ilustrados la idea de "Progreso", acompañado de los descubrimientos científicos, resolvería los problemas de la humanidad. El siglo XIX pone en el *liberalismo* la base garantizadora del progreso en todos los

³ Horkheimer, M. y Adorno, Th. W., *Dialéctica de la Ilustración*. Trota, Madrid 1994, pág. 59

⁴ Kirk, G. S., *El mito. Su significado y función en las diversas culturas*. Barral, Barcelona 1973.

órdenes: intelectual, moral, político, técnico, económico y de bienestar social. Ahora bien, en cuanto se profundiza su contenido aparecen las grietas, que la mistificación se encarga de ocultar. En economía, lo que interesa es la propiedad del capital que garantiza (?) la creación de riqueza. Intelectualmente la tolerancia está garantizada, ya que existe el derecho individual a expresar libremente ideas que el Estado o la autoridad deben proteger, aunque siguen existiendo intolerantes que llevan las riendas. En definitiva, "la unidad del liberalismo, al igual que la unidad del progreso, se nos presenta como un mito", según Touchard.

Para otros autores, la historia ha llegado a su final, pues, una vez concluido el bloque soviético, la humanidad terminaría en la ruta de la democracia liberal, con la economía de mercado como la única estructura económica posible. Además, la globalización confirma que se había marcado el cauce correcto. El futuro ha llegado y la mitificación con él.

3. Mitos antiguos y mitos contemporáneos.

La *verdad* de los mitos de la antigüedad presenta una comprensión del mundo en forma simbólica, revelando el sentido de la existencia. Claro está que lo hacen de una forma pre-racional y sin crítica ninguna. Sin embargo, si se trata de valorar la eficacia en su función de poner de manifiesto el sentido del mundo, puede decirse que son correctos culturalmente. No podían hacerlo más que desde la racionalidad pre-lógica que entonces existía.

En cambio, los mitos contemporáneos -algunos proponen la denominación de "mitificaciones"- ofrecen un intento consciente de explicar la realidad del modo simplificador y parcial. Ahora existe la racionalidad humana en la forma de *racionalidad crítica*, pero cabe manipularla, recogiendo únicamente alguno de sus aspectos en función de los intereses de una parte. Así sucede cuando se establece una razón dominante y unidimensional, de modo que se dirija hacia la eficacia material exclusivamente. En este caso se sitúa la razón científica y técnica al servicio de intereses determinados (es la *razón instrumental*, que convierte todo en medios, ahogando u ocultando los fines).

De esta forma, los mitos contemporáneos mantienen la *función social* de los mitos antiguos, pero con una diferencia fundamental que cuestiona su justificación racional: los mitos de la antigüedad eran precríticos, y los contemporáneos son transcíticos, esto es, rechazan ser valorados por la razón crítica y, por eso, es definitivo eliminar este aspecto de la racionalidad. Su intento es justificar la situación en que se encuentra el orden social, mediante la ocultación de los problemas reales vigentes. Desfigurando y manipulando las formas actuales de existencia tratan de inventar nuevas ilusiones y de reencantar de nuevo el mundo, no insertándolo en la dimensión de lo sagrado, sino en el de la más sucia y grosera materialidad. Describiendo la realidad mediante ideologías y principios alienantes, no confirmados por la práctica social, terminan no sólo adaptando a los seres humanos a lo que hay, sino que llegan incluso a sublimar la realidad, haciendo de la razón un instrumento de dominación. Mientras, la internacionalización de la economía o globalización ni siquiera ha conseguido que el mundo se libere del hambre y la miseria. ¿Cómo se puede trabajar entonces en otro tipo de emancipaciones? ¿Cómo se puede afirmar que nos encontramos en una "historia poshumana"⁵? Lo cierto es que el orden político de occidente carece de vena moral alguna, cuando el sometimiento de la mayoría es el precio del bienestar de unos pocos. Confiarlo todo a las fuerzas del mercado, destruyendo cualquier otra alternativa, es la mayor mitificación que el mundo occidental ofrece a la sociedad contemporánea.

Legitimar la realidad existente es en la actualidad la función de las mitificaciones contemporáneas, que puede pasar desapercibida, dada la compleja contextualización en que vivimos. La cumbre de todo esto se alcanza cuando se llega a "sacralizar" la misma realidad existente. Con ello se pone de manifiesto la contradicción del espíritu de la Ilustración. "Bajo la etiqueta de los hechos brutos, la injusticia social, de la que éstos proceden, es consagrada hoy como algo inmutable, de la misma manera que era sacrosanto el mago bajo la protección de sus dioses"⁶. Trasladando tales hechos al trabajo humano, éste se ha liberado del mito, cayendo en el dominio de otros, bajo la economía mercantil. Ha cambiado someterse a la naturaleza por la esclavitud del

⁵ Fukuyama, F., *El fin del hombre. Consecuencias de la revolución biotecnológica*. Ediciones B, Barcelona 2002, página 342.

⁶ Horkheimer, M. Y Adorno, Th. W., *Dialéctica de la Ilustración*. Trotá, Madrid 1994, página 81.

dominio de otros: "La maldición del progreso imparables es la imparables regresión"⁷. De este modo la irracionalidad se impone con fuerza.

4. Urbanización del mito.

Hay que plantearse, por fin, qué tiene que hacer la filosofía ante el mito. Esto sólo podrá hacerse con rigor tomando como referencia las bases históricas.

¿Cómo nació la filosofía? Se ha indicado ya el contexto general del mundo griego como el lugar donde se originó. El desarrollo de la industria artesanal y el comercio, junto con la organización de las *polis*, concentradas muchas veces a la fuerza para poder responder al ataque de los enemigos exteriores, fue la base. La experiencia de la democracia fue igualmente determinante, imponiendo la necesidad de la discusión y el convencimiento por la persuasión. Los *sofistas*, tan denostados no sólo por Platón, sino por toda la historia posterior, contribuyeron al progreso mediante la dialéctica y la retórica.

Todo esto dio lugar a un *proceso* que fue diseñando el *paso del mito al logos*. No tiene sentido establecer un punto histórico determinado, siglo o año, en el que comienza la explicación racional, eliminando de pronto el pensamiento mítico. Los cambios se producen lentamente en la historia y la nueva sabiduría fue también un largo camino hasta que la interpretación *lógica* se impuso a la *mágica*, aunque en su dominio conviviera con elementos mitológicos. De este modo la sabiduría, como nueva forma de pensar, fue "urbanizando" la provincia del mito.

Comenzaron analizando la "naturaleza" y observando sus acciones irregulares, que permitieron la objetivación. Paralelamente entra el ejercicio crítico ante la consideración mitológica de la misma para entenderla ofreciendo las razones de los análisis en lugar de encerrarla en los secretos mágicos. Así se desarrolla el ejercicio público de la racionalidad, despegándose de la pre-racionalidad anterior.

¿Supone tal ejercicio crítico continuidad o ruptura? La expresión de urbanizar el mito, tomada de Gadamer, en otro contexto muy diferente, sugiere que el cambio se

⁷ Horkheimer, M. Y Adorno, Th. W., *Dialéctica de la Ilustración*. Trota, Madrid 1994, página 88.

produce desde la continuidad. Pensemos en lo que hace Platón sembrando nuevas ideas desde mitos. Platón es el filósofo de los mitos, que tiene plena conciencia de que la Sabiduría no es ya el mito. Cuando identifica el nuevo saber frente al mito, no teme contar y expresarse con mitos. Solamente si uno se mueve en la ambigüedad, recurrir a las formas mitológicas puede resultar peligroso, al poner los dos saberes en contraste dialéctico. En cambio, con Platón el saber filosófico está ya asegurado porque se ha consolidado la racionalidad. A la filosofía no le preocupa vivir entre mitos y convivir con ellos porque es consciente de que el futuro de la racionalidad crítica y tiene la seguridad de que se trata de una apuesta superior. Esta es la posición de la sabiduría naciente ante los *mitos de la antigüedad*.

¿Cambia la posición ante los *mitos actuales*? Si las dos denominaciones siguen manteniendo la identidad, entonces la función de la filosofía será, a la fuerza, similar. Lo que permanece del mito es la búsqueda de *sentido* de la existencia, que "la *imposible teodicea*"⁸ no ha resuelto. No se trata de seguir la explicación mítica, anclada en la antigüedad, pero sí de mantener la pregunta por el sentido y la raíz que implica. En este caso, Ricoeur distingue entre "desmitización" y "desmitologización"⁹, aceptando esta última, pero no la primera, para quedarse con el verdadero fondo del mito, que sigue dando que pensar al *logos* filosófico porque es imposible subsumir lo simbólico en lo conceptual.

En la actualidad las mitificaciones irracionales suelen ir encubiertas en capas metafísico-religiosas o científicistas, ante lo que la filosofía debe permanecer muy atenta, situándose en un "pensamiento postmetafísico", según propone Habermas¹⁰, que hará posible mantener la racionalidad en su forma comunicativa.

5. Función crítico-utópica de la filosofía.

Aquí se señala una tendencia mediante la que la filosofía puede ir por el buen camino, su función crítico-utópica. No puede permanecer sólo en la primera, ni tampoco sólo en la segunda, el par de contenidos terminológicos se fecunda mutuamente, superando las deficiencias de su exclusividad de raíz. Con ello se recoge el verdadero

⁸ Véase: Estrada, J. A., *La imposible teodicea*. Trotta, Madrid 1997.

⁹ Véase: Ricoeur, P., *Finitud y culpabilidad*. Taurus, Madrid 1982.

¹⁰ Véase: Habermas, J., *Pensamiento postmetafísico*. Taurus, Madrid 1990

fondo del mito, pero desde un discurso no mitológico, que, al contrario, se sitúa culturalmente en los saberes fragmentados, buscando la *mediación* que apunta a la necesidad de un nuevo reequilibrio necesario. Únicamente obedeciendo a la naturaleza se podrá mandar en ella, según la idea de F. Bacon.

La filosofía ejerció desde el principio su función crítica frente a la cultura mítica existente y, en la medida en que fue produciéndose el giro, ocupó todo el espacio como *episteme* o conocimiento verdadero, es decir, científico, por contraposición a *doxa* u opinión. Sólo más tarde sucedería la fragmentación de lo que en su raíz era matriz unitaria de la que nacerían igualmente las ciencias. Desde entonces tendría que contar con la ciencia, que, si se exceptúa la etapa medieval de apogeo teológico, avanzaría de modo irreversible hasta inclinar a la filosofía a su territorio diferenciado. Así ocurrió especialmente con los siglos XVII y XVIII, gradualmente, y definitivamente, con la labor positivista del siglo XIX, que concluyó reduciendo el conocimiento a ciencia. El cientismo afirma la exclusividad del conocimiento científico con su absolutización. Lo demás -y entre ello la filosofía- queda, a lo sumo, como un último vestigio cultural. ¿A qué puede conducir todo esto desde la base del paradigma positivista? Husserl ofrece un modelo de respuesta en su obra de 1934, la *Crisis de las ciencias europeas*, con la deshumanización consiguiente y la llegada de la barbarie. La razón instrumental se ha vaciado del contenido que la civilización griega le atribuyó, convirtiéndose en objetivismo y matematización, perdiendo así el mundo de la vida y del sentido. El diagnóstico es acertado porque ha desaparecido la pasión por el conocimiento de los griegos –por mucho que quiera sustituirse por el imperio de las ciencias-, no así la solución fenomenológica que propone. Los científicos son los primeros en reconocer que las posturas unidimensionales, sean humanistas o científicas, constituyen una perversión. Las dos corrientes tienen que fluir juntas porque en ello nos va el futuro, dice el físico teórico Fernández Rañada. Por eso escribe su libro para hacer una crítica de tal unidimensionalidad, indicando que la ciencia tiene muchos rostros¹¹, de lo que deduce que la arrogancia intelectual del centrismo no es asumible.

La crisis de las ciencias es la crisis misma de la razón, que procede de la modernidad, habiéndose extraviado hacia el objetivismo y el naturalismo, es decir, hacia

¹¹ Fernández Rañada, A. *Los muchos rostros de la ciencia*. Nobel, Oviedo 1995.

un modelo de ciencia de corte positivista, muy limitada y simplista, cuando la ciencia misma ha concluido en el paradigma de la complejidad para la realidad y el pensamiento. Quizá por esto nos encontremos en el mejor momento para que la filosofía ofrezca su mediación crítica, planteando la necesidad de conectar los saberes especializados con el *mundo de la vida (Lebenswelt)* para lograr así un enfoque u orientación de sentido, cosa que no está entre las funciones de ninguna ciencia y que corresponde propiamente a lo que ha sido históricamente la función principal de la filosofía. Habermas lo sintetiza en las tres funciones que atribuye a la filosofía: a) *saber crítico*, que ha de ejercer como tal en relación con la cultura de su tiempo, de la forma más ordenada y sistemática posible, poniendo en práctica el ejercicio público de la razón, como quería Kant; b) *saber constructivo* de la racionalidad en los distintos discursos, y especialmente en los científicos, trabajando en la idea de evitar la fragmentación de los saberes a los que conduce la especialización unidimensional, estableciendo conexiones a través de la metodología dialógica y comunicativa; y c) *saber transdisciplinar* y estimulador del mantenimiento de la racionalidad que hay que guardar, cuidando y vigilando permanentemente de que no se incline a una parcialización de la razón que se instrumentalice en el dominio de una sola de las perspectivas posibles, perdiendo así la visión de conjunto de la realidad y el sentido del mundo. En esta última función de relación entre las ciencias y la conexión necesaria entre los dos paradigmas culturales -científico y humanista- la filosofía tiene todavía que cumplir un papel en la civilización de la actualidad.

Una vez descrito el lado crítico de la filosofía se impone plantear el lado complementario a la crítica misma. En efecto, toda crítica supone y exige una propuesta alternativa inevitable. La línea utópica pertenece también a la tradición filosófica, ya que desde lo que se barrunta que debería ser se hace evidente, igualmente, la insatisfacción ante la realidad presente. Alguna referencia futura ilumina las evidencias de lo que está presente para superarlo mediante la razón utópica sin la que no podría haber tampoco crítica.

6. Mito, utopía y filosofía, otra vez.

No se trata del puro sueño quimérico y fantasioso que de modo muy negativo descarta, de entrada, el "pensamiento utópico", sin profundizarlo.

La cultura utópica ha constituido siempre una *presencia* en la historia de la filosofía, bien como matriz griega o judía, con su expresión en Platón y San Agustín, respectivamente, o bien en diferentes desarrollos a partir del Renacimiento.

En su fondo late la exigencia de organizar la vida social de modo que sea posible la realización humana. Dos instancias contribuyen a poner en práctica tal deseo, la política y la ética, que tienen sus ejemplos más conocidos en el realismo político de Maquiavelo y en la aspiración ética de Tomás Moro, ambos del primer tercio del siglo XVI.

La herencia ético-política del Renacimiento recibe nueva modulación en la Ilustración del siglo XVIII. Ahora es la razón la que impulsa la idea de *progreso*, después de haber limpiado con los rayos de su luz las tradiciones míticas y oscuras del saber. Progreso es realización de los horizontes propuestos, que concluirán en la *emancipación* de los seres humanos.

Tal emancipación ilustrada vuelve a ser modulada por la tradición dialéctica del socialismo marxista. La emancipación comienza con una crítica radical de las superestructuras que legitiman el orden social, y concluye con su transformación: interpretar el mundo cede paso en la etapa socialista a una filosofía transformadora de la realidad.

Sin embargo, la experiencia de la primera Guerra Mundial proporciona un fuerte golpe al pensamiento utópico, dándole la vuelta para poner de manifiesto *distopías* reales de deshumanización en una sociedad técnico-industrial, en la que el terror y la barbarie han aparecido. Los sueños del progreso de la razón han producido monstruosas esclavitudes. ¿Qué lugar hay para la utopía en un orden social que tienden más a la barbarie que a la civilización?

El siglo XX introduce la *crisis* de la utopía con el peligro de echar el cierre y abandonarla, tanto como el impulso de una nueva esperanza de regeneración. Las dos tendencias resultan posibles y apostar por una u otra dependerá de nuestras propias

posiciones como seres humanos. En esto, el mito puede ayudar desde su fondo positivo y mejor. ¿Por qué?

La cuestión está en que mito y utopía tienen en común un aspecto importante, el que se ha descrito como dimensión de *sentido*, con su indicación de la necesidad de realización del hombre en la historia y como tal ideal utópico es susceptible de desviaciones, por eso la vigilancia a que la *razón crítica* se hace imprescindible. Ahora hay una variante fundamental en relación con la sociedad griega gobernada por la sombra protectora de los dioses, cuya expresión en los mitos y símbolos muestran su presencia innegable. La sociedad contemporánea está organizada constitucionalmente de modo secular, siendo los proyectos políticos los encargados de realizar la utópica idea de la emancipación, que no es otra cosa que concreción y cumplimiento de la realización humana general y singular en el individuo real. El dibujo de esta idea utópica se mueve entre los pliegues de la ética y la política, y es la utopía la que pueda regularlo. De este modo se podrá configurar, según Pérez Tapias, una "eticidad democrática"¹².

El pensamiento utópico se apoya en una base ética que hace superar la ceguera del destino para proponer un *sentido* a la historia que los seres humanos se esfuerzan por alcanzar, en lugar de someterse al simple determinismo natural, renunciando así a buscarlo. Ante la afirmación de que no hay sentido o desentenderse de él, se alza la frágil esperanza de que la utopía que puede ser vivificada y cuidada por la razón crítica como identidad de la filosofía.

Por último, en el mito se manifiesta lo misterioso y hasta lo sagrado. Para la razón utópica en la sociedad contemporánea secular es digno de respeto -sagrado, por tanto- todo ser humano con la garantía de sus derechos que le sitúan en un nivel de dignidad personal. Progresar en esta línea es avanzar en el mejor sentido utópico de una Ilustración no acabada, una de las cosas que el pensamiento crítico tiene todavía pendiente hasta que la filosofía consiga la utopía de una humanidad no deformada.

¹² Pérez Tapias, J. A., "Moralidad política y eticidad democrática", en *Éxodo*, 7, 22-7 (1991).

7. ¿Es la ciencia un mito contemporáneo?

Apenas superada la mitad del siglo XX, Husserl analiza, en el texto que será considerado su testamento intelectual, "la crisis de las ciencias europeas". De una parte, se constata el impresionante desarrollo de ciencia y técnica, junto con el cansancio y vacío de sentido que se produce en el mundo occidental¹³ por haber olvidado el contexto de la vida.

Su primer párrafo planteaba lo paradójico de la situación: "¿Puede efectivamente hablarse de una crisis de las ciencias dado lo continuo de sus éxitos?"¹⁴. Reconoce que el científico protestará, sin duda, contra semejante contenido. Sin embargo, deja su título porque lo que se propone es someter a crítica la cientificidad de las ciencias, su exclusividad y prosperidad, e igualmente la exclusión de sentido en relación con la existencia humana, lo que sintetiza así: "Meras ciencias de hechos hacen meros hombres de hechos"¹⁵.

Se comprende entonces que la crisis consiste en que para las ciencias sólo es verdad lo objetivo, lo constatable, la concatenación de acontecimientos, pero ya no significan nada para la vida. Esta racionalidad tan corta de miras exige a la filosofía emprender la búsqueda de la verdadera racionalidad porque "la crisis europea hunde sus raíces en un racionalismo que se ha extraviado"¹⁶. He aquí, de nuevo, la tarea de la filosofía.

Cuando se afirma que la ciencia es uno de los mitos de la actualidad, hay que ofrecer seguidamente los argumentos que confirmen la tesis. Existen, al menos, tres series de ideas que pueden mostrar la realidad de lo dicho.

A) En primer lugar están las *características generales* que identifican a la ciencia, entre las que sobresalen la verdad absoluta, definitiva y total de sus enunciados y leyes. Acostumbrarse a pensar que si lo dice la ciencia es indiscutible porque lo habrá

¹³ Argullol, R., y Trías, E., *El cansancio de Occidente*. Destino, Barcelona 1992.

¹⁴ Husserl, E., *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Crítica, Barcelona 1990, página 3.

¹⁵ Husserl, E., *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Crítica, Barcelona 1990, página 6.

¹⁶ Husserl, E., *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Crítica, Barcelona 1990, página 347.

confirmado rigurosamente antes de hacerlo público. En efecto, las proposiciones científicas se verifican y son susceptibles de nueva experimentación por quien esté capacitado para ello y disponga de los medios adecuados.

Ante esto, hay una explicación de peso a tener en cuenta, que la ciencia ha tenido una evolución a lo largo de la historia y en ella se han abandonado teorías consideradas en su momento como definitivas, o han sido objeto de modificaciones y aclaraciones. A pesar de ello, desde el punto de vista social mantenemos la actitud de que la ciencia es un conocimiento seguro. En cuanto sujetos, lo que hacen los científicos es trabajar con sus experimentos para acertar en la solución de los problemas y, aunque se equivoquen, prosiguen incansables, sin que el desánimo les afecte, produciendo así la impresión de que progresan. De este modo la ciencia se encuentra siempre en avance.

B) En segundo lugar está la idea de *neutralidad* de la ciencia, que contribuye fuertemente a la objetividad de sus procedimientos y métodos. En cuanto tales, la ciencia es independiente de su utilización por empresarios, comerciantes y políticos o gobiernos. Los científicos investigan para obtener los resultados esperados, pero en sus formulaciones no se encuentran sometidos a objetivos y acciones determinadas. El científico trabaja en hechos, no en teorías interpretativas de los mismos. Los hechos son lo contrario de las normas y los valores en los que no es posible la objetividad. Sin embargo, lo cierto es que para realizar observaciones se necesitan previamente supuestos teóricos de interpretación. Las observaciones pueden ser interesadas en función de expectativas que se quieren alcanzar. Incluso se "provocan" hechos para observarlos mejor. Los mismos experimentos se hacen de forma controlada para orientar así la investigación. De la misma manera, el método es un criterio o norma a seguir. Igualmente hablamos de los valores científicos, de donde se sigue que la ciencia misma es ya un valor y, como tal, implica apreciaciones en relación con otras instancias e introduce valoraciones sociales.

C) En tercer lugar se califica la ciencia de autónoma. La *autonomía* de las ciencias es base de su desarrollo, al que contribuye la tecnología y la industria en las que se aplique. En este caso, no está desencaminado suponer cierta dependencia de las investigaciones científicas respecto a las industrias que las necesiten, por lo que las

financian de acuerdo con sus intereses. Claro que existen otros medios e instituciones de financiación, pero el peligro de convertir a la ciencia en la mejor colaboración de justificación de los objetivos deseados no se puede negar, con lo que la enfatizada autonomía queda evidentemente mermada.

Definitivamente, de todo lo dicho se deduce la necesidad de desmitologizar la ciencia, que influye fuertemente en la organización social y política y tiene mucha relación con los comportamientos morales y valoraciones de los seres humanos.